Exodo rural

AÑO XXVII — Nº 1375 —

EL DIA

MONTEVIDEO, MAYO 24 DE 1959

Suplemento Dominical fundado por Don Lorenzo Batlle Pacheco el 2 de octubre de 1932



PASAJE DE DARWIN POR EL URUGUAY

(Fotografía Jorge Chebataroff)

El Cerro de los Claveles, junto al río Negro donde se halla el monolito recordatorio del pasaje de Carlos Darwin. (Véase la nota en las páginas siguientes).

El pasaje de CARLOS DARWIN por el Uruguay

Carlos Darwin.

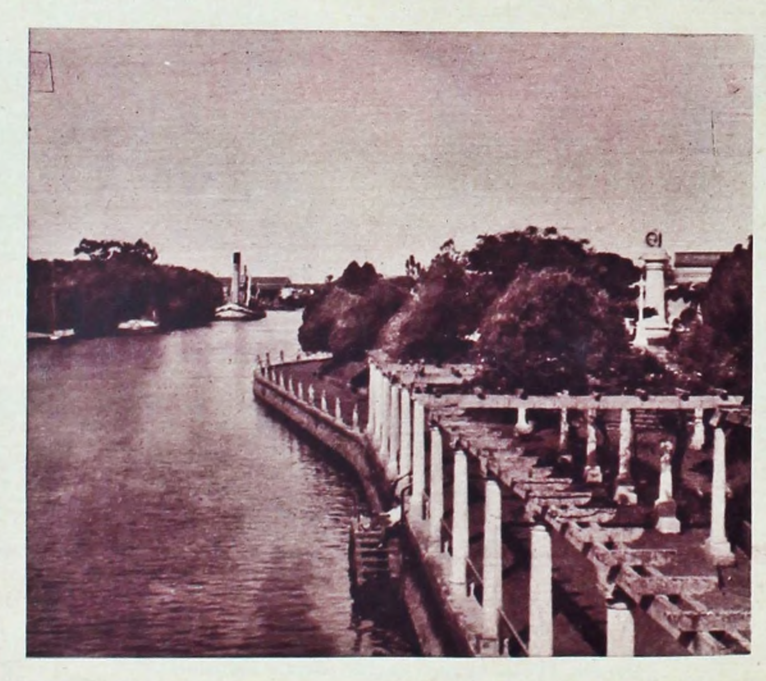
VIVIMOS ya el centenario de la magna fecha en que Carlos Darwin diera a conocer al mundo su célebre obra "El Origen de las Especies" que tan profunda revolución llegara a causar en el campo de la Biología. El nombre del ilustre naturalista inglés es evocado en los países del Plata, no sólo por su contribución decisiva al progreso de las ciencias naturales, sino también por su invalorable aporte al mejor conocimiento geográfico de una parte del continente sudamericano, y en forma particular del territorio uruguayo. Aquí nos vamos a referir a este segundo aspecto.

Dice el propio Darwin en su conocida obra "Viaje de un Naturalista alrededor del Mundo": "El capitán Fitz-Roy, comandante de la expedición, deseaba llevar un naturalista a bordo (se refiere al Beagle) y ofrecía cederle parte de su cámara. Me presenté, y gracias a la amabilidad del capitán Beaufort, los lores del Almirantazgo se dignaron aceptar mis servicios". El mar, celoso ante la posibilidad de que se develaran sus secretos, sacudió al navío en dos oportunidades con tanta furia que la partida hubo de postergarse, llegando a ser efectiva sólo el 27 de diciembre de 1831. Tras de una provechosa experiencia insular y atlántica, la expedición arribó a Bahía, y Darwin tuvo oportunidad de contemplar el esplendor de la selva tropical con sus policromas manifestaciones de vida, volviendo a admirarla en las cercanías de Río de Janeiro. Zarpando de esta última ciudad el 5 de julio de 1832, el Beagle se enfrentaba pocos días después al anchuroso Plata, y allí el naturalista tuvo la clara sensación de hallarse en presencia de un elemento fluviomarino, con la doble circulación característica de los estuarios positivos. Efectivamente, escribió al respecto lo siguiente: "Con grandísimo interés observo en la boca del río la lentitud con que se mezclan las aguas del mar y las fluviales. Estas últimas, fangosas y amarillentas, flotan en la superficie del agua salada, gracias a su menor gravedad específica". El 26 de julio del año citado el Beagle echaba anclas en Montevideo.

En la Banda Oriental la actividad de Darwin es intensa. Visita Maldonado, donde queda admirado ante la magnificencia de los campos cubiertos por la "margarita colorada" (Glandularia peruviana) y aunque hace resaltar el atraso cultural y la relativa pobreza de los pobladores de esa parte del país, destaca también su gran hospitalidad y destreza, sobre todo en relación al manejo del lazo y de las boleadoras. La visita a las zonas serranas (Pan de Azúcar, Sierra de las Animas) cubiertas en gran parte de matorral serrano y árboles bajos, le sugiere las siguientes observaciones: "En la Banda Oriental existen pocos árboles; podría decirse que no hay ninguno, lo cual allí es un hecho muy notable. Se encuentran matorrales achaparrados en una parte de las colinas pedregosas, y junto a las orillas de los cursos de agua más considerables, sobre todo al Norte de "las Minas" se halla un gran número de sauces. He sabido que cerca del arroyo de los Tapes había antes un palmar... Aparte de estos árboles y los pocos que plantaron los españoles, falta por completo el bosque." Esta pobreza en árboles hace que Darwin especule acerca de las posibles causas que han dado lugar a semejante situación, recordando que Australia, sin ser muy húmeda posee árboles gigantescos, y la Tierra del Fuego, bastante fría, está cubierta de bosques. Hemos mostrado alguna vez, por nuestra parte, que la escasa efectividad de las precipitaciones, los vientos, las sequías y el hecho de que el clima del país haya sido hace algunos milenios más árido, podrían explicar en parte tales características.

Pero sigamos con Darwin. Sus observaciones acerca de las fulguritas o tubos vitrificados por el rayo, descritos con lujo de detalles resultan altamente instructivos; los vio en las inmediaciones de la Laguna del Potrero, sobre montículos de arena. Sus referencias acerca de formaciones de esta clase de 30 pies de largo y diámetro interior de pulgada y media, no resultan extraordinarias ya que han podido ser vistas en nuestros tiempos fulguritas de tamaños similares; las observaciones del naturalista se ajustan pues totalmente a la realidad.

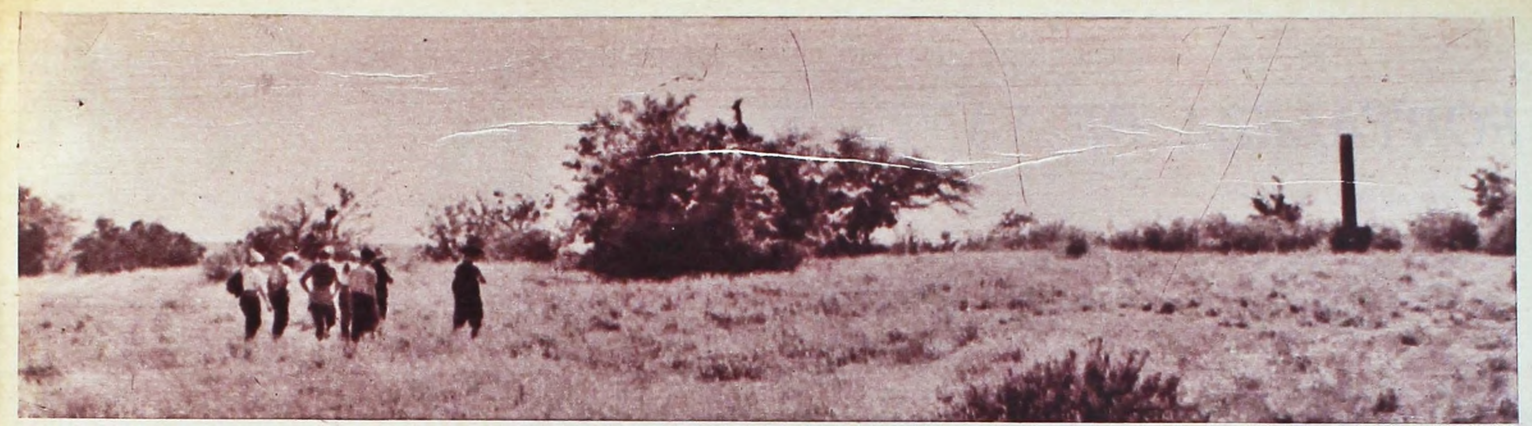
Merecen la atención del sabio observador las aves, que son descritas con pinceladas maestras, pero no escapan tampoco a su interés las demás especies faunísticas; se ocupa además de los terrenos geológicos, de los fósiles, de la vegetación del paisaje, de las costumbres de los habitantes, y hasta de hechos al parecer tan nimios como "las piedrecillas amontonadas en las cercanías de la cima del Cerro de las Animas". En su obra "Observaciones geológicas sobre la América del Sur" Darwin intercala agudas observaciones acerca de la geología de nuestro territorio. Sobre el particular se expresó el lamentado investigador K. Walter del



El arroyo de las Vacas, hoy muy humanizado, y que fuera cruzado por el célebre naturalista.



Alumnos de geografía física de la Facultad de Humanidades y Ciencias, marchando tras las huellas del gran sabio inglés. (Punta Gorda. Colonia).





Monolito recordatorio del sabio naturalista en el Cerro de los Claveles (Soriano).

modo siguiente: "Quedamos asombrados ante la agudeza con que hace 100 años, este genio investigador reconociera en una fugaz visita importantes rasgos de la estructura geológica de una región hasta entonces desconocida para él". Y como dice el propio Walther, no importa que Darwin confundiera los ópalos y geles silíceos de los terrenos sedimentarios que visitó con productos hidrotermales observados por él en el Brasil, y que supusiera que en Punta Gorda, los estratos fosilíferos entrerrianos yacen sobre un material "de la misma naturaleza que el limo pampeano". Estos errores frente a sus aciertos y sus observaciones atinadas, en una época tan distante de nosotros, carecen de entidad. Darwin dejó interesantes referencias acerca de las areniscas ferruginosas (areniscas de Palacio), sobre los depósitos entrerrianos, brechas volcánicas, el basamento cristalino, etc., fruto de sus peregrinaciones por Maldonado, Minas (hoy Lavalleja), Montevideo, Colonia, Soriano (llegando en este último departamento hasta el Cerro de los Claveles, sobre el río Negro donde se ha levantado un monolito en su honor). Desde lugares elevados constituídos por capas sedimentarias en parte silicificadas, el naturalista observa el paisaje que rodea la confluencia del arroyo Perico Flaco con el río Negro y anota:

"Mirado desde la sierra, el río Negro ofrece un golpe de vista de lo más pintoresco. Ese río, ancho, profundo y rápido en aquel lugar, rodea la base de un acantilado que cae a pico (seguramente se refiere al Cerro de los Claveles); una zona arbolada recubre las orillas..." Al parecer en Soriano, pero en un arroyo Sarandí que Darwin dice ser afluente del río Negro, el ilustre viajero pudo coleccionar restos fósiles de Taxodon, Mylodon y de gliptodonte. Su travesía por el departamento de Soriano ha sido tan rica en resultados como su estadía en el departamento de Maldonado o su pasaje por el litoral costero de Colonia. Allí como en otras partes Darwin colecciona restos fósiles, observa perfiles geológicos, atisba las costumbres de las especies faunísticas y estudia a los habitantes, demostrando al mismo tiempo cualidades de explorador, de naturalista y de geógrafo.

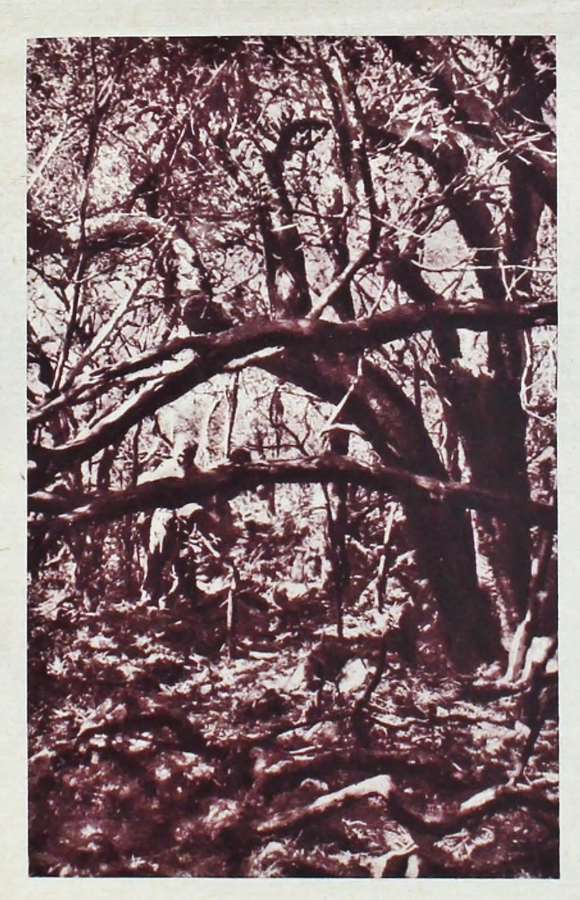
En la historia del desarrollo de los conocimientos geográficos y geológicos acerca de nuestro territorio, el que Darwin visitó durante los años 1832 y 1833, la obra del gran viajero inglés ha sido decisiva. Aunque el monolito levantado en el Cerro de los Claveles (Soriano) es un claro testimonio de nuestro agradecimiento al gran naturalista, pensamos que, habiendo otro cerro en Paysandú (junto al río Uruguay) con esa denominación, y con el objeto además de evitar por lo menos en este caso la fatigosa repetición de topónimos, que hace confusa nuestra nomenclatura geográfica debería cambiarse el nombre del Cerro de los Claveles, de Soriano, por el de Cerro de Darwin, en homenaje al famoso autor de "El origen de las especies", obra trascendental para la historia y la orientación de la biología moderna.

Jorge **CHEBATAROFF.**

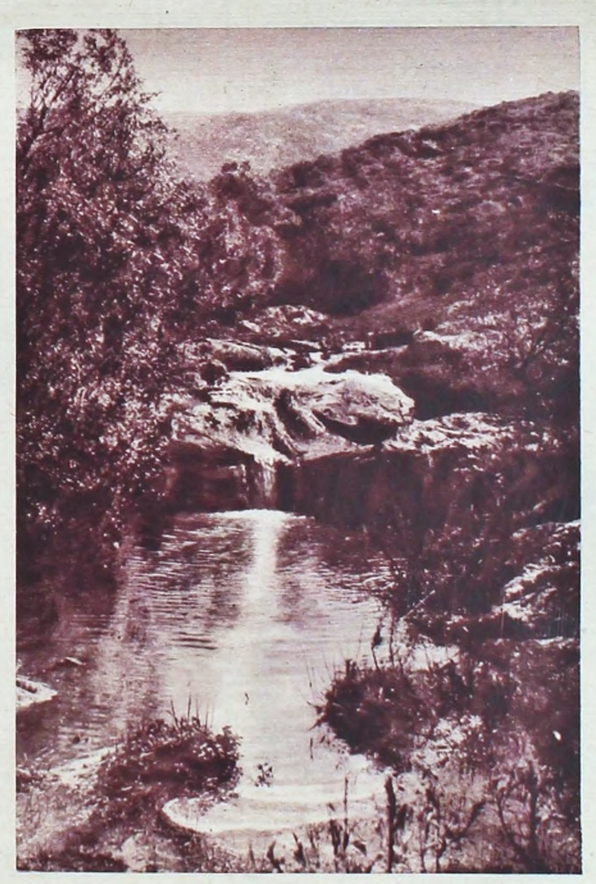
(Fotografías del autor y de A. P. de Maneiro.)

(Especial para EL DIA.)

Hoy Punta Gorda, que fue visitada por Darwin en 1833, ofrece un aspecto muy diferente, pero siempre atrayente.



Añosos árboles en el fondo de un valle del Cerro de las Animas (Maldonado).



Torrente serrano, junto al cual debió detenerse hace más de cien años Carlos Darwin.

FORTALEZA DE SANTA TERESA



DIBUJOS DE MOLLER DE BERG

Baluarte de San Juan. A la izquierda se dibuja una de las 40 troneras, ocho por baluarte, con que cuenta la Fortaleza de Santa Teresa



El mismo baluarte de San Juan con su garita, maravilla de arte militar y elegancia, dominando la escarpa, detalles del parapeto de piedra que rodea toda la Fortaleza, de forma pentagonal, dominando la Angostura.



La señora de Siao, vistiendo un antiguo traje chino.

UNA MUJER ILUSTRE EN EL CRUCE DE DOS CIVILIZACIONES

*"Las rosas necesitan sol. Las mujeres necesitan amor.
¡Los caracteres que trazo sólo necesitan el rumor de los bambúes, y son eternos, eternos!"*

("La Flauta de Jade")

*

EL adjetivo *milenario* surge espontáneo cuando de aludir a la civilización china se trata. Y lo decimos con humildad, como aprendices del tiempo que somos los americanos, a apenas cinco siglos y medio del Descubrimiento, frente a un pasado culto que puede ufanarse de su antigüedad de cinco mil años, matriz de la cultura del planeta, floreciente ya cuando los faraones comenzaban a edificar sus tumbas, sobreviviendo por la gravitación de su propio impulso en los vestigios artísticos que han superado el devenir de las generaciones. Un mundo inmóvil pero no muerto ni insepu'to, perdura para mostrar a los hombres, la indestructibilidad y lozanía eterna del Espíritu.

No es novedad decir que el sol de la cultura nació en el Lejano Oriente. Una sabiduría que acumula experiencia de siglos adensa el pensamiento maduro y grave, reflexivo y trascendente de los textos antiguos. El hombre occidental recibió a través de Grecia el soplo civilizador que venía del Este, y antes de Homero, por ejemplo, el Ramayana y el Mahabharata hindúes narraron la hora de amanecer histórico que se canta en la Ilíada y la Odisea.

Y la China impone sus cinco milenios, su territorio vastísimo, su población enorme, su riqueza arqueológica, el linaje de un núcleo humano que lleva en sí el sello de una raza privilegiada intelectualmente, que elevó esos imponderables bienes supremos a la categoría de virtudes esenciales, patrimonio y presea de la más remota y compleja estructuración mental y artística del globo.

Un matrimonio chino iba a ser, en medio de nuestro siglo, el nexo eficaz entre el orbe arcaico y nuestra joven e indisciplinada orilla rioplatense.

Cuando circunstancias políticas de incertidumbre y convulsión pusieron en peligro la magna Biblioteca Sino Internacional, que se hallaba en Suiza, se buscó un país que ofreciera amparo democrático para acervo de tanta jerarquía, valuado en diez millones de dólares. Y fue el Uruguay el escogido. En 1953, el Dr. Siao-Yu, Director de esa importantísima Biblioteca, escritor, abogado, ministro del Gobierno de Peiping, poeta, pintor, humanista de singulares relieves, llegó a Montevideo, junto con el valioso cargamento que requirió diez vagones para ser trasladado desde Ginebra al puerto de salida. Incunables chinos de dos mil años, bordados fabulosos, tapicerías, pinturas, porcelanas, instrumentos musicales, toda la tradición civilizadora de la China Imperial y de la China Republicana, vinieron con él, ocupando provisoriamente un salón de la Biblioteca Nacional donde están depositados, sin que puedan apreciarse en su totalidad, pues el local exiguo no permite la exhibición permanente, y aun hay sin desembalar más de cuatrocientos cajones que custodian insospechados tesoros.

Y también vino con él, la señora Phyllis Ling Cho de Siao.

Pensamos en ella, fallecida en esta ciudad hace dos años, y la asociamos con esas flores raras que nacen en su patria distante, flores delicadas que perecen pronto, y que son un corolario de gracia, una sonrisa efímera de la naturaleza en un escenario intrincado y pujante, del mismo modo que nuestras bravías selvas amazónicas engendran, como una paradoja, la fragilidad suntuaria de la orquídea. La señora de Siao demostró que es necesaria la decantación del pasado, para que sobre el humus que depositan los siglos, nazca y se desarrolle el testimonio exquisito del que ella fue culminación viviente.

Predestinada para el arte, proveniente de un hogar ilustrado, teniendo en torno suyo el acicate y la comprensión, y en sí misma el talento y la voluntad, Phyllis Ling Cho se inclinó precozmente al cultivo de la poesía y la pintura, tan ligadas en la cultura de su nación que no se concibe a la una sin la otra. Grandes pintores, grandes literatos, frecuentaban la casa, pues su padre, Ling Weng-Yung, fue un estadista de amplia erudición, que alentó las excelentes disposiciones de la niña. Y apenas adolescente, partió hacia los Estados Unidos, donde en la Universidad de Syracusa, de Nueva York, se especializó en Pedagogía, siendo su profesor un intelectual distinguido, el Dr. Raymond Piper, al mismo tiempo que cursaba estudios en la Academia de Bellas Artes. Volvió a China y fue profesora en la Universidad Nacional de Nanking. Su clara inteligencia y su gusto innato habían acendrado y definido la vocación pictórica nacida casi al salir de la infancia. Poco tiempo después de su casamiento con el Dr. Siao-Yu, en 1933, instalados ambos en París, donde residieron veinte años, reemprendió los estudios artísticos, y llegó a convertirse en una de las mejores alumnas del célebre pintor francés Othon Friez.

Ya estaba en su camino. La herencia oriental y el influjo de las corrientes estéticas europeas, iban a gestar una modalidad personalísima, en cierto modo desdoblada, pues por un lado siguió fiel a la pintura tradicional de su estirpe y por otro se asimiló al movimiento cálido del "fauvisme", con una paleta ardorosa que recuerda de inmediato a Gauguin, sin ser ajena asimismo a las influencias de Matisse y de Duffy. A causa de esa doble vertiente de su creación, dijo certeramente Lin-Yutang que la señora de Siao era "la afortunada heredera de las tradiciones artísticas de China y de Europa", y que "su alma poética traduce una visión pictórica capaz de alumbrar lo invisible". Y es interesante señalar el subjetivismo fundamental de la pintura china: el objeto no se copia, sino que se recrea. El artista no imita a la naturaleza, sino que la interpreta, lleva al pincel su exégesis, vuelca su sensibilidad en lo que pinta. O, mejor, en lo que narra: pues para los chinos, los cuadros no *se miran*, sino que *se leen;* los paisajes *se escriben;* en todo se pone el alma, única manera de construir cosas eternas. Y si los poemas son para ellos, *cuadros con voz*, la mera pintura es *poema sin voz*. Nos gusta esta entrañable actitud poética, que traduce la intensa emotividad del chino para captar los aspectos sutiles de cuanto lo circunda. El pincel que ellos inventaron doscientos años antes de la era cristiana, sirve por igual para escribir y para pintar, pues pintura y caligrafía se emparientan, y tampoco se concibe como ajena a ellas a la poesía. En cierto modo, ésta es la base de la pintura: y por eso los dibujos muestran a un lado esos signos decorativos de la escritura que inscriben siempre la magia de un poema alusivo.

Para comprender mejor el alcance del aporte pictórico de la señora de Siao, su renombre universal, conviene subrayar algunas características de la manera china de realizar este tipo de obras. La pintura oriental difiere de la occidental en los materiales que se utilizan —sobre papel generalmente—, en la técnica que se emplea, y, por encima de todo, en el concepto que anima al artista. Nos explicaba el Dr. Siao —que reúne condiciones de simpatía, cordialidad y ecuménica cultura sin dejar de ser afable y sencillo, suavemente ceremonioso—, la importancia del trazado. El trazo es el eje de toda la pintura china. Porque ha de hacerse de un solo impulso, sabiendo que cualquier retoque es imposible, pues la calidad absorbente del papel de arroz no permite enmiendas, y que ese trazo ha de amalgamar la fuerza con la elegancia, pues si sólo es fuerte, resultará vulgar, y si es sólo elegante, resultará débil. Fuerte y elegante, pues, como el bambú esbelto, ha de llevarse al papel con mano diestra —que traduce limpidez mental—, sabiendo de antemano lo que se quiere dibujar; lo que se quiere *decir*, según ellos. Y de ahí deriva el valor de los cuadros de la señora de Siao, que evidencian a la vez maestría y sentimiento, idealizando la realidad, embelleciendo su recuerdo íntimo de las cosas, traduciendo al inefable lenguaje del arte el objeto menudo, la flor pasajera, el puente sobre el río vistos hace mucho tiempo, la rama de duraznero que sólo en su evocación conserva frescura perenne. No es extraño que la pintura así entendida cobre un fulgurante hechizo simbólico, y empine en un plano intemporal seres y horizontes, elimine lo caducable, y cree un clima irreal, fantástico, en el cual hasta el misterio se tornasola de diafanidad. Pintura sin sombras, tiene la misma nitidez caligráfica de sus signos alfabéticos, el mismo deleite estético, el mismo estremecimiento de belleza de un universo colocado aparte de la verdad y el tiempo convencionales, con esa serenidad melancólica de lo que está por encima de la vida y de la muerte.

Y esta mujer frágil como las porcelanas de su tierra, no fue indiferente al dolor y las pasiones humanas, no se retrajo en el taller entre su propia labor, ni se conformó con el halago de los grandes críticos que ponderaron su obra, exhibida desde 1935 en todos los grandes Salones anuales de París, habiendo cobrado prestigio internacional en su técnica del retrato. Vivió en el tumulto de los problemas colectivos, colaboró con Lin-Yutang en la redacción de una revista, continuó después sola en la tarea, hizo periodismo y obra social, protegió junto con su esposo a los estudiantes chinos de Francia a los que la interrupción de las relaciones con China dejó abandonados de protección diplomática, cuando la ocupación alemana; su voz se alzó valiente en la Sorbona y en la Unesco, y en el PEN Club de Ginebra, abogando por los derechos de sus compatriotas; dio clases de Sinología, reemplazó en Suiza por algún tiempo al Dr. Siao en la Dirección de la Biblioteca.

Actividad fecunda y múltiple fue la de esta artista de fama mundial, cuyo destino la trajo a morir joven todavía a una ciudad uruguaya. En ella se cruzaron dos civilizaciones, y su obra perdurable enlaza el Oriente y el Occidente.

Como homenaje a su memoria acercamos en una alegoría invisible, a su mundo de dragones, pájaros, tigres y montañas, un puñado de flores autóctonas de América.

Dora Isella RUSSELL

(Especial para EL DIA)



Gracia, finura y poesía, en esta típica pintura sobre papel.



La levedad del colorido da subjetividad a la creación.



El trazo —fuerza y elegancia— insinúa poéticamente los contornos.



Aislamiento social. En el altiplano boliviano los agricultores aymáras viven en sus remotos ayllus mirando hacia la prehistoria. Esta india hila la lana con un huso primitivo (Foto Trelles).

EL EXODO RURAL

LA DESERCION DEL CAMPO

LAS CAUSAS EXPULSIVAS. — Los factores que condicionan el éxodo rural son complejos. Unos dependen de elementos externos al individuo que emigra a la ciudad: son las presiones sociales, los determinantes económicos. Otros obedecen a impulsos personales, a la quiebra del sentimiento que ata al terruño y a la emancipadora gravitación del razonamiento antitradicionalista. Los emprendedores, los desconformes, los ambiciosos, los desencantados del trabajo rural, se van tras el flautista de Hamelin que los llama hacia las urbes. Los débiles, los rutinarios, los poco resueltos se quedan. Pero este esquema es demasiado simple. Es necesario, por lo tanto, afinar el análisis. Y lo correcto, antes de prejuzgar, consiste en dividir el mecanismo del éxodo rural en dos momentos. El primero es el de las causas expulsivas, el del *p sh*, al decir de los sociólogos norteamericanos. El segundo es el de las causas que actúan desde la ciudad para desgajar al campesino, el del *pull* que atrae con la promesa de una vida mejor. En la realidad social estos momentos no están separados. Son efecto y causa recíprocamente; actúan en forma solidaria e interrelacionada. Sólo por razones de método se les presenta aquí como una pareja dialéctica.

Hoy nos ocuparemos de las causas expulsivas. No nos limitaremos a las que actúan en la circunstancia nacional, sino que abarcaremos el panorama general de Latinoamérica.

Somos americanos y ahora más que nunca: la economía no hace mucho que nos lo ha recordado y la naturaleza, con las recientes inundaciones, hoy reitera que vivimos en un continente desmesurado y torrencial.

DETERMINANTES GEOGRAFICOS. Los hombres de las ciudades ven siempre el aspecto idílico de la naturaleza. Los campesinos, en cambio, padecen el azote de las lluvias, de las temperaturas extremas, de los fangales intransitables, de las distancias hostiles. La vida rural es dura y no todos resisten sus inclemencias. Los factores geográficos que inciden en el éxodo rural son, pues, el rigor climático que selecciona negativamente a los individuos menos fuertes —enfermos, mujeres—; el aislamiento espacial; la precariedad de las comunicaciones provocada por la dispersión del *habitat* y por el mal estado de los caminos en invierno.

AISLAMIENTO SOCIAL. — El hombre es un ser gregario y muchos autores han querido justificar exclusivamente el éxodo a las ciudades por ese instinto de sociabilidad de la especie. El *zoon politikon* de Aristóteles no es sólo un animal social. Es, además, un animal urbano que halla en la *polis* el ambiente más propicio para desarrollar sus facultades y perfeccionar su solidaridad. En la ciudad, dice Bouglé, surgen los sentimientos igualitarios. En la ciudad, sede del derecho cooperativo, hay, según Durkheim, mayor densidad moral que en el campo. En la ciudad, tal como expresa Belot, la "sociedad es verdaderamente sociedad", pues sustituye la "espontaneidad pura" de la vida comunitaria rural por una "asociación consciente y sistemática, basada en el consentimiento y el contrato".

Por todos estos motivos el aislamiento social asfixia al hombre. Es una de las cinco posibles formas de aislamiento, pero quizá sea la más opresora y retardataria. En efecto, según los sociólogos estadounidenses, existen las siguientes modalidades de aislamiento: el "espacial" o "geográfico", al cual ya nos referimos; el "estructural", provocado por la segregación (minorías raciales) o por la incapacidad biológica (sordera, ceguera); el "social", determinado por peculiares tipos de cultura o géneros de vida (los gitanos, los campesinos); el "habitual", fruto del trabajo, de la educación o de la vocación que llevan al individuo a un extrañamiento voluntario (el monje, el laboratorista, el *garimpeiro* brasileño, el *gambusino* mexicano, el ermitaño); el "síquico", caracterizado por H. Becker como el que oscila "desde las formas de pensamiento cerrado de un dogmático a las ensoñaciones autistas de un esquizofrénico, desde el ingenuo etnocentrismo de un pueblo analfabeto a la arrogancia racial de los arios (¿?) de elevada educación".

El aislamiento social de las comunidades campesinas se combina a veces con el estructural, como sucede con los negros del *Cotton-Belt* de los Estados Unidos y generalmente aparece asociado al síquico, ya que los grupos sociales que lo padecen consideran su estado superior a los demás.

La selectividad de este aislamiento actúa en sentido positivo. Los elementos capaces y avisados comprenden que el aislamiento social es factor de retraso con respecto a la ascendente marcha técnica de la civilización. El pasado se fosiliza en las remotas comarcas, el tiempo se ensimisma en las viejas tradiciones, las rémoras de la superstición frenan todo impulso de libre crítica e imponen su irracional señorío. Entonces los espíritus audaces, los cainitas, se desgajan de los troncos seculares de la cultura de *folk* y buscan en las ciudades los contactos y oportunidades necesarios para ascender en la escala social, para desarrollar una personalidad y forjar un destino.

RUDEZA DEL TRABAJO. — Los trabajos del campo son agobiantes cuando se cumplen en su instancia premaquinista. El agricultor javanés, el arrocero chino y el labrador tradicionalista del Mediterráneo, todos integrantes de las "concentraciones pasivas" de población, están dominados y mediatizados por el esfuerzo muscular. En Latinoamérica las labores campesinas que aún permanecen en la etapa colonial (y a veces prehistórica) exigen mucho esfuerzo y poco descanso en las épocas de cosecha: requieren un constante gesto de energías durante todo el año; devoran jornadas muy superiores a las ocho horas del trabajo obrero de las ciudades.

El campesino, que otrora padecía sin protestas, con fatalismo hesiódico, la cuota parte de infortunio heredada de sus mayores y de su oficio —una forma y un género de vida a la vez— sabe hoy que la ciudad le ofrece trabajos más livianos y mejor remunerados.

El mensaje del *confort* contemporáneo, la axiología del ocio, el narcótico de las diversiones, y otros beneficios (¿o maleficios?) de la civilización, se abren paso hacia el campo, y el ganadero o el labrador que padecen los rigores del clima y las fatigas de un trabajo exigente, al escuchar la promesa urbana, emigran hacia el reino de las máquinas y del automatismo fabril.

INSEGURIDAD DE LA PRODUCCION RURAL. — Este factor está relacionado con el primero en cuanto a la agresividad de los meteoros y con el tercero en cuanto a la dureza del trabajo. Pero agrega, por su parte, el peso ciego del azar.

Los hombres de campo son resignadamente estoicos y saben que hay años "buenos" y años "malos". A los tiempos de vacas gordas suceden otros de vacas flacas. Las plagas, las granizadas, las sequías, los precios poco remuneradores, se conjugan para que la producción agropecuaria sea siempre una aventura con desenlace problemático. La ciudad, en vez, ofrece al sector secundario de la industria, un trabajo más monótono pero más regular. Salvo en los períodos cíclicos de deflación o desocupación, las industrias se desenvuelven con prescindencia de los factores que afectan la ganadería o la agricultura. Esto rige en el caso de la transformación de materias primas. En el Río de la Plata las industrias elaborativas, en cambio, son muy sen-



Bajos niveles de vida. La humilde vivienda campesina de los recolectores de bananas en la región del Pacífico, Costa Rica. (Foto Staufer).

sibles a una mala cosecha o a una retracción del mercado pecuario.

AUMENTO DE LA POBLACION. — Cuando la productividad de una región no puede soportar la plétora demográfica, los excedentes humanos tienen que emigrar. Un caso europeo típico es el de Galicia: los gallegos van a la meseta castellana "como rosas y vuelven como negros", según la gráfica expresión de la excelsa Rosalía, o se largan a América, para cambiar por un oficio urbano la dura suerte del labrantín famélico. En América Latina sucede lo mismo en las zonas de parvifundio que circundan las ciudades: al llegar la propiedad a una atomización excesiva los hijos del hortelano, por más que procuren aferrarse al suelo mediante la producción de primicias, deben partir a la urbe que tan bien conocen y que les ofrece las posibilidades de subsistencia negadas por el campo.

BAJOS NIVELES DE VIDA. — Según Fairchild el nivel de vida es el "consumo efectivo de un grupo de personas expresado en promedios de las cantidades y calidades de bienes y servicios consumidos por unidad de tiempo, por lo general un año, y por unidad típica de grupo, por lo común una familia".

Los estudios realizados entre los habitantes de las zonas rurales de América Latina (salvo en el caso de los propietarios de las grandes fincas, estancias, plantaciones o *fazendas)* demuestran que sus niveles de vida están por debajo de los urbanos.

A veces, quien emigra los considera inferiores a los de la ciudad y en este caso actúa movido por lo que P. George denomina *prise de conscience* de una superpoblación aparente o comparativa.

Dentro de los niveles de vida se incluyen la vivienda, la alimentación, el vestido, la sanidad, la educación, la recreación. Todos ellos, en la instancia latinoamericana, son más precarios en el campo que en la ciudad. Si el aire pleno compensa a veces una vida dura y una alimentación monocorde e incorrecta, o si alguna vivienda tradicional libre de vinchucas y pulgas es superior al *slum* urbano, en cambio la sanidad, la educación y la recreación rurales se hallan en notoria inferioridad frente a las urbanas.

CARENCIA DE OPORTUNIDADES LABORALES Y SOCIALES. — Los individuos de alma inquieta y mente secularizada, que tienen noticias de superiores posibilidades para mejorar su modesta condición económica y ascender en la pirámide social, comprenden que el medio rural donde están enclavados es poco propicio al cambio. El agricultor nace y muere agricultor; el peón de estancia sólo deja el caballo cuando los achaques de una vejez miserable lo desmontan del flete y de la vida. El hombre rural de cuna humilde sabe, a poco de reflexionar, que sus posibles talentos para otras empresas deben ser sofocados. En el campo un hombre con iniciativas y sin dinero no puede romper el cerco de la rutina secular, ni el dogal de la gran propiedad, ni el molde rígido de las castas —tácitas o expresas— que imperan en el ambiente cotidiano. Expulsado entonces por los géneros de vida inmutables y por una economía cristalizada en viejos moldes, busca en las categorías urbanas los horizontes negados por su *habitat* tradicionalista.

LATIFUNDISMO. — Este es el gran émbolo expulsivo del campo latinoamericano. La tierra en manos de pocos y explotada con métodos primitivos genera una cruel paradoja. En las zonas pecuarias los animales desalojan al hombre. Un semental de *pedigree* vive mejor alojado que la familia del trabajador rural y pocos peones mal remunerados alcanzan para realizar las tareas ganaderas. En las zonas de plantación, contrariamente, los latifundios azucareros, cafeteros o bananeros emplean una abundante mano de obra que es exprimida a lo largo de jornadas agotadoras. Estos disimulados esclavos de América tropical, unidos por el grillete de un contrato leonino a los amos de las plantaciones, sólo pueden liberarse huyendo a la ciudad. Y lo mismo hacen los peones de las inmensas estancias, corridos por el estricote de una vida servil, por la mentira de los precios remuneradores que sólo enriquecen a los dueños de los latifundios, por el hambre que diezma a sus familias hacinadas en los rancheríos. El latifundio es el cáncer de América Latina. Cuando el irrepetible Mayo Gutiérrez soñaba entre nosotros con un Instituto de Colonización oficial, pensaba en recursos suficientes para efectuar las expropiaciones. Pero al Instituto Nacional de Colonización le han faltado las sumas millonarias que requería tal empresa. De cualquier modo, hay que apuntar aún más lejos. Es necesario socializar la estancia; ir a la explotación comunitaria y democrática de la ganadería; combinar los beneficios del cooperativismo con la mediana propiedad agrícola; hacer justicia para todos en vez de crear falsos antagonismos entre el campo y la ciudad; poner al descubierto la voracidad del capitalismo criollo enraizado en la tierra y ensalzado por la propaganda que responde a sus intereses económicos.

INADECUACION DE LA ESCUELA RURAL. — Hasta hace pocos años la escuela rural estaba organizada, en la mayoría de los países de América Latina, de idéntica manera que la urbana. Esto configuraba y configura, donde tal anomalía persiste —y nosotros no estamos libres de la misma—, una sinrazón pedagógica por un lado y un motivo de éxodo campesino por el otro. Las materias del *curriculum* escolar no pueden ser las mismas en el campo que en la ciudad. Por motivos funcionales y sociológicos al niño campesino no se le debe proporcionar una educación de sesgo urbano y su instrucción debe estar enderezada a interpretar y modificar el medio cultural y laboral nativo. Y para ello los maestros han de ser entrenados especialmente al tiempo que los textos y trabajos prácticos tienen que poseer adecuación con el ambiente humano y económico de la campaña.

Pero sucede lo contrario. El maestro, generalmente nacido en la ciudad y nostálgico de la vida urbana, no pierde ocasión para pintar con vivos colores las ventajas que ésta tiene sobre la mortecina existencia rural. Es así un inadaptado, un resentido que siembra disconformidad y anhelos migratorios entre sus alumnos.

A su vez los textos y métodos insisten sobre temas que si bien en las ciudades contribuyen al desarrollo de la convivencia cosmopolita, en el agro son poco aptos para afirmar las esencias de una cultura eminentemente regionalista.

El resultado de estas contradicciones es que la escuela contribuye a que el niño compare la vida intensa y deslumbrante de la ciudad con la oscura rutina de la celda rural y reniegue, en el umbral de la juventud, de su hogar campesino.

LA REVOLUCION TECNOLOGICA. — Hemos colocado en último término esta causa porque creemos que su gravitación dinamiza a todas las anteriores y es un corolario de las mismas.

La máquina ha desplazado con velocidad creciente al trabajador rural. Segadoras, enfardadoras, tractores, cosechadoras de todo tipo, aradoras, esquiladoras, ordeñadoras, etc., realizan en el campo contemporáneo las tareas que cumplían antaño multitud de braceros.

El ejemplo de Inglaterra, el país con menos agricultores en todo el mundo, es harto elocuente. El de EE. UU., por lo cercano y espectacular, también nos es bien conocido. Contrapuestos a ellos se encuentran países como la India o la China, eminentemente agrarios y tradicionalistas, que rechazan la máquina por motivos demográficos, morfológicos y aún religiosos. Como expresa Pei-Kang Chang "en vista de la enorme población rural de China, que hace que la introducción de la máquina sea antieconómica, y también en vista de que en general la magnitud de la unidad agrícola es tan pequeña que hace difícil técnicamente el uso de la maquinaria, la posibilidad de la mecanización agrícola es muy escasa por ahora".

América Latina, en muchas regiones, se halla a mitad de camino entre las economías tradicionalistas basadas en el útil (las "técnicas corporales" al decir de Mauss o las categorías "rústicas" de la clasificación de Leroi-Gourhan) y las economías industriales fundadas en la máquina. El Uruguay forma parte de una de ellas. Y donde la máquina ha instalado su reino comienza a funcionar el trampolín del éxodo rural.

En la próxima nota analizaremos las causas que atraen al campesino a la ciudad por intermedio de las estructuras sociales y síquicas que caracterizan a las concentraciones humanas tentaculares.

Daniel D. VIDART

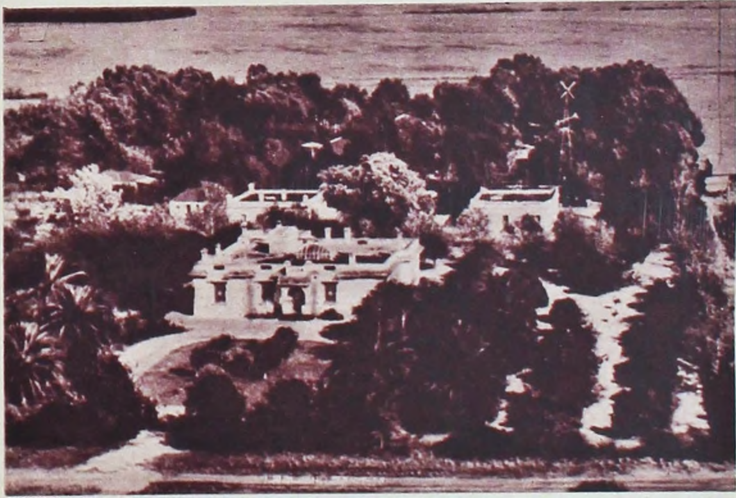
(Especial para EL DIA)



Tradicionalismo. La colorida carreta costarricense es un bello motivo folklórico pero un pésimo medio de transporte. (Foto Staufer).



Fiestas mágicas, cargadas de simbolismo, confieren al carnaval indígena un carácter distinto al que éste tiene en los secularizados núcleos urbanos. Danza de diablos en Tirana, Atacama, Chile (Foto D.I.C.).



Gran propiedad. Fuera del casco de la estancia uruguaya se divisan los potreros solitarios, colmados de vacunos y lanares pero pobres en hombres. (Foto De Grandis)

Vista parcial de Esquivias, desde la iglesia.

ESQUIVIAS, POR DONDE ANDUVO C

LEGAMOS en una tarde apacible de la recién iniciada primavera, y el pueblo aba mitad dormido mitad en la calle, isqueando el presente cargado de prosas de buen tiempo. En la Iglesia, unas jeres de negro y un hombre; rezaban detamente, vestidos de domingo, y su fies- mejor parecía ser aquella de entregarse la meditación solitaria y de ancho espa- físico en torno del espiritual.

La plaza, con poca gente; las calles, tranquilas y en su lento discurso de ríos estrechos que no parece que corran hacia ningún mar. Los niños, jugando sin demasiado alboroto. Todo, en fin, digno y grato, suavizado o siempre suave allí.

Como por los campos recientes habíamos deseado tantas veces echarnos a la tierra y acostarnos en ella para descansar, para acomodarnos, ya, y vivos, a una distensión calmante y apaciguadora, el llegar allí nos produjo como un anticipo de lo que sería aquello del reposo al pie del cielo extenso de la Mancha...

A una niña grandecita que paseaba con otras más chicas, le pregunté:

—¿La casa de doña Catalina...?

Y ella me dijo, "*Allí*", sencillamente, sin preguntarme más ni por qué. La casa de doña Catalina era la casa principal del pueblo, la que habita la señora indiscutible, la que todos acatan y conocen y quieren, respetan, porque la saben esposa del caballero importante del lugar. *Un lugar* tan amplio, Señor, que es el universo entero, de punta a punta!

No había más que seguir la indicación *allí* para llegar hasta donde nos proponíamos. Por una calle o por la otra, las dos, todas llevaban a ella!, fuímos caminando despacio. No teníamos urgencia de alcanzar a la señora en su casa, ni temíamos que estuviera en la Iglesia (acabábamos de visitar ésta), ni de que se dispusiera a



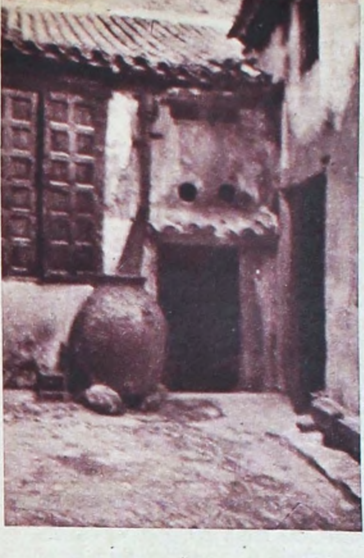
Casa blasonada de los Quijada. Quizá uno de sus dueños fue quien inspiró el tipo de Don Quijote.



Iglesia donde se casó Cervantes, y que conserva la partida



Puerta de la casa de Doña Catalina Salazar, esposa de Cervantes.



La puerta de la escalera que baja a la bodega (Casa de Doña Catalina).



Por aquí se escapaba Cervantes.

CERVANTES

nplio,
punta

cación
ponía-
s dos,
nando
alcan-
níamos
bamos
siera a

salir a hacer alguna visita dominguera. La señora estaría en su casa, ciertamente, esperándonos. Espera siempre, desde hace siglos, que vayan a rendirle homenaje los visitantes de su pueblo. Si bien los hubo tan violentos que se permitieron robarle sus muebles, arrasarle su intimidad, ella, gentil, se adaptó a otros y sigue viviendo en donde ningún cataclismo podrá con ella.

Había un hombre solo, joven, plantado en la placita de delante de su casa; después de nuestra llegada vinieron otros hombres más a incorporarse al primero.

—¿Es la casa de doña Catalina?

—Ahí la tienen ustedes.

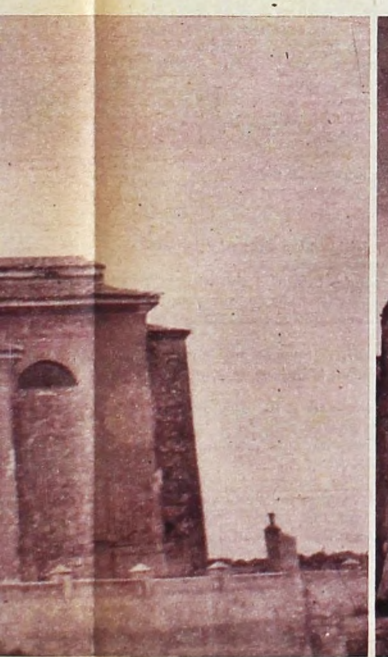
Los hombres que vinieron, de todas las edades, eran habladores bonachones; les gustaba hablar de la señora a quien ningún viento de arriba ni de abajo moverá de su clausura. Y fueron contándonos las cosas que pasaron, las que se perdieron, y oyéndonos las que nunca se perderán aunque las palabras se las lleve el aire.

Recordaba yo que hacía poco relativamente, por otras tierras —frías y serranas— anduve preguntando también por la casa de una señora determinada: "¿La casa de Francisca?", decía yo. Y me contestaban: "¡Ah, sí! La de Rubén. Allí". Es decir: que hay casas y hay muieres que por haber sido de señores principales, no arrian nunca el pabellón de su vecindad. Siguen vigentes en los pueblos, aún más si cabe que ellos, los protagonistas mismos. La casa de Francisca en Gredos, la casa de doña Catalina en Esquivias... Bueno, hay una pequeña —pequeñísima diferencia ya en el tiempo!— entre ambas casas y ambas muieres con respecto a los hombres de quienes tomaron renombre.

Carmen CONDE

Fotografías de la autora

(Especial para EL DIA)



...la partida de su boda.



Esquina frontera a la casa de Doña Catalina.



Calle de Doña Catalina.

HACIA tres días —de claro en claro y de oscuro en oscuro— que el capitán Quintín Portela —comisario de la frontera— acompañado por el cabo Donato Lapuente —a quien le decían Escofina por lo áspero que era— andaban tras el rastro de Luis Junco, mozo que vivía fuera de la ley.

Tanto el capitán como el cabo eran zahorís de picadas y montes, de sierras y cortadas. Había habido un choque entre la policía y una cuadrilla. Esta fue deshecha: dos marcharon al hoyo y cinco a las gayascas. Pero Junco se les había hecho humo.

Portela estableció un cerco sobre la línea, y él con su subalterno se dieron al trabajo de más pena y riesgo: revisar el espeso monte del Palmar.

El capitán mantenía un odio especial por el citado Junco pues ya iban cuatro veces que le había hurtado el cuerpo y, lo que es peor, que en la primera le había rebajado una oreja con un plomo. Su autoridad y su prestigio tenían ese único lunar; a él sólo le correspondía sacarlo...

Y como a las tres de la madrugada, mientras pasaban un abra, Portela se detuvo bruscamente. Había oído el rítmico masticar de un caballo. A lo yaguareté buscó las ramazones y avanzó en la sombra, más guiándose por el oído que por los ojos. Hasta que levantó un maneador; en la punta de él estaba el caballo del que huía. Cerca, hecho una pelota sobre su apero y bajo su poncho, dormía profundamente Luis Junco. Cayeron sobre él, lo maniataron.

—Junco —habló Portela— vas a declararme algo. Dispués pienso degollarte.

Junco, aplastado por el peso del sueño y de su tragedia, respondió:

—Hace tres días que no descanso juyendo. ¡Degüeyeme o déjeme dormir, no estoy pa declaraciones capitán!

Cayó panza arriba y siguió roncando.

—Andá trair los caballos —ordenó el comisario al cabo.

Al rato apareció Escofina con dos caballos de tiro.



RENUNCIA DEL COMISARIO PORTELA Y DEL CABO LAPUENTE

—Hacé juego —dijo el capitán.

En tanto el indio juntaba unas ramas secas, Portela bajó una maleta y una calderita que a los tientos llevaba. Poco después ambos tomaban mate.

Hasta que empezó a filtrarse en el monte la luz del sol que nacía. En cuanto pudieron verse las caras se allegaron al arroyo a remojarlas. Luego Portela sacudió a Junco hasta despertarlo. El mozo abrió los ojos y los pasó por monte y hombres como si del cielo hubiera caído.

—Güeno —habló el capitán, que era parco en palabras, un ser extraño, solitario, duro e insociable— ya haberás descansao bien. Declarame unas preguntas que te viá hacer, sin nenguna gambeta; dispués te viá cortar la correría, bandido.

Junco se enderezó sobre sus pilchas, quedó sentado. Dijo:

—Mire, capitán: no sé lo que van a valer mis declaraciones si me va a despenar encima de ellas...

—¡Mirá cascarriento, no le pongás peros a lo que te intimo! El cabo Escofina tiene que oir lo que digas...

—¿Y quién es el cabo Escofina..?.

El subalterno dio un salto y encajó una bota en el costillar de Junco, mientras refunfuñaba:

—¡Con Donato arranco y con Lapuente concluigo, deslenguao!

Se dobló el mozo y se estiró después.

—Desculpe, cabo, no le conocía el nombre ni el apelativo; pero como el capitán le dio ese trato y usté no lo paitió a lo mula...

—¡Güeno, güeno, basta, canejo! —tronó Portela.

Aquí levantó su voz también Junco, le chispearon los ojos.

—¡Basta, sí señor, que estamos estirando muy al ñudo la cosa! Usté dijo que piensa degollarme, no lo dudo. Pero si tiene hijos no lo haga, que yo también los tengo, y chiquitos...

—¡No tengo hijos!

—Hágalo por su doña, vea que la mia va a quedar en el desamparo, capitán...

—¡No tengo mujer!

—Pues entonces por sus tatas, mire que los míos son viejitos, no van a aguantar la pena...

—¡No tengo tatas!

—¿Ni amigos, ni aparceros, ni...

—Nada de eso tengo ni he tenido, ni falta que me ha hecho!

Junco intensificó su mirar, que lo tenía clavado en el duro del comisario.

—Pero dígame una cosa: ¿nunca tuvo tatas?

—¡No los conocí; me crié guacho en una estancia, a patada y arreador! Asina es que...

—Mire, capitán, desculpe que le corte el tiento. Con todo eso encima pué degollarme como y cuando quiera. Pero le viá decir una cosa: por lástima que me tengan los que me van a llorar no van a empardarla con la que yo tengo por usté en este momento. ¡No creí nunca, en el correr de mi vida, que me iba a topar con un cristiano tan desgraciao, tan redotao, y tan basuriao por la suerte como usté!

Allí cerca había un gran árbol caído, abatido quién sabe por qué pamperada, reseco ya. Hasta él retrocedió Portela y se sentó en uno de sus gajos. Y cayó en una abstracción tan profunda que el cabo comenzó a rascarse nerviosamente y mirarlo con azorados ojos desde el ángulo donde estaba tieso sobre el arco de barril de sus piernas.

Los cardenales tocaban primas, los sabiás terceras, y los mangangás bordonas. Pirinchos y venteveos escandalizaban, y a veces un bando de cotorras pasaba envuelto en un chismerío, rumbo a algún maizal distante, en tanto tres patos sostenían una conversación gangosa cerca del camalotal del arroyo. Y el tiempo pasaba, Portela no se movía; Lapuente se rascaba, y a Junco le iba molestando en demasía el sobeo con que lo habían maniatado.

Al fin Portela, sin moverse, desde el esqueleto del ramaje donde se había sentado, habló:

—Decime, Junco: ¿por qué me tiraste aquella mañana y me rebanaste una oreja?

—Yo no le tiré a usté, capitán jue al bulto, al borbollón; a mi también me chiflaban los chumbos...

—Decime Junco: ¿por qué con'rabandiás?

—Porque en la última estancia ande trabajé, el patrón, que es el gringo Pádula, nos iba sacando la vida a juerza de hacernos cimbrar el lomo en el campo, pa dispués encontrar un poco de agua sucia y unas tajadas de charque en la mesa. Yo compro y vendo, capitán, pasando por arriba de unos hombres patentaos, que algunas veces se han arreglado conmigo. Yo trabajo capitán, y en ese trabajo dentran el sudor y el arriesgue; pero mis hijitos están gordos y mi mujer contenta. ¡Y soy libre de dir y venir, y de no aguantar caprichos y miserias de ningún mandón, que esos sí deberían estar juera de la ley, pues por cada barril o fardo que yo paso ellos pasan rodeos enteros. ¡Yo soy un hombre, capitán, y tengo vergüenza! Pero, ¡basta!

Aquí ya estaba en plena efervescencia Junco, olvidado del sobeo y de la autoridad; la cólera le hacía rutilar los ojos.

—¡Degüelleme, pués, sáquese el antojo; pero no me deje ratiar más por ese indio ordinario y sin yel, por que...

Se puso de pie el mozo. Imponía respeto, como lo impone un toro cuando se echa tierra en el lomo y se le enrojece el ojo. Lentamente levantóse Portela y se arrimó al preso; y con manso y suave acento —desconocido en él— le habló:

—Sosegate, Junco.

Y desató el sobeo.

—Ensillá y andate.

—¿Cómo?

—¡Ensillá y andate, te digo!

El mozo fue y volvió con su caballo. Lo ensilló, montó, y dijo antes de romper la marcha:

—Por mis tatas, por mi mujer, y por mis hijitos, le doy las gracias capitán.

El capitán montó también, respondiendo:

—Y yo a vos por todo lo que me has dicho. Puntiá nomás que me voy atrás tuyo.

Y al cabo:

—Cabo Escofina, ¡levante mi espada y llévela a la polecía; y que se la manden al Jefe! ¡Renuncio!

Y Escofina contestó, saliéndole las palabras de su boca en escupida de trabuco, ásperas y cortantes como pedazos de olla o de nazarenas partidas:

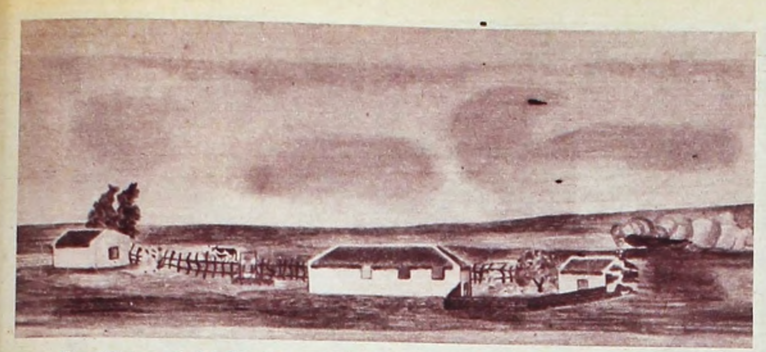
—¡Que la cargue mandinga, canejo! ¡Yo no llevo nada! ¡Tamién me largo con Junco por muy poca vel que tenga! ¡Renunceo! ¡Ya estoy muy abollao con tanta polecía, y tanta escasez de ganao rabón, de frasco y timba!

Una hora después los tres pasaban la Picada Sucia, rumbo al Brasil.

José MONEGAL.

(Especial para EL DIA.)

Dibujo del autor.



Cuartel general del Cerrito en 1848. Pueden verse, al centro, el rancho de Oribe y a la izquierda el de Lasala. Frente al primero, se paseó el judas que representaba a la futura víctima. (Acuarela de Durán, en el folleto del Dr. Magariños).

EL JUDAS TRAGICO

ACTO PRIMERO

A quien por vez primera oí hablar del hecho extraño, fue al general Visillac, casado con una hermana de mi padre y fanático por todo cuanto tuviere sabor anejo. Acercábase al siglo guardando intacta la memoria visual, y así fue como un día de 1936, cuando aún yo no había comenzado a atesorar pequeñas y grandes cosas de mi Restauración, Visillac, que pasó en ella su infancia mientras su padre estuvo al frente de la comisería local, me llevó a recorrer los viejos lugares, reconocibles o perdidos, gozándose en evocar los que surgían de entre la niebla de sus recuerdos. Hechos y hombres pasaron en tropel, dejándome un sentimiento indefinible, que habría de fijar para siempre mi vocación histórica.

Estiraba la mano hasta tocar los muros. Mimaba los cercos de Fontgibell, ladrillo, tuna y piedras que para él cantaban. Desfiló cuanto existía entonces; la plaza con sólo un ombú en el rincón norteño, frente a la arcada de los fondos de Marexiano, por donde se colaba en las noches Retentén para dormir vestido sobre una pila de cueros; el circo Olímpico, donde el inglés don Pablo repetía incansablemente su pantomima de "los dos toneleros burlados y el ladrón sutil"; el frontón en que, zaguero sin izquierda, maravillaba el vasco Ereño con la sotana recogida hasta la cintura; la mesa del "Café de los Federales" donde conoció a Lavalleja.

Y un muro, al que el muchacho Visillac no quiso acercarse más cuando supo que la manea que colgaba de un clavo en esa pared de pesadilla, estaba forrada con piel de hombre...

Escudriñó un instante la calle Plata, y dijo:

—"Creo que antes se le llamó "callecita de la luna".

Luego, recostándose apenas contra el buzón de la esquina para examinar fijamente la arquitectura colonial frente a la cual nos habíamos detenido, me dijo midiendo las palabras, mientras se apretaba las sienes con sus dedos largos y amarillentos, como si esperara retener así el recuerdo que pugnaba por escaparse:

—"Frente a esta pared vi fusilar un judas."

No sospechó nunca el general el significado de ese castigo extraño cumplido en acto público.

El pueblo y la soldadesca estaban apeñuscados en torno al patíbulo, mientras disipábase el humo de la descarga y prorrumpía el populacho en broncos gritos cuyos ecos fueron a perderse en la tahona de Sico y los molinos de Pelayo.

De esos alaridos uno solo guardaba el fiel oído:

—"¡Mueran los salvajes unitarios!"...

Ignorando entonces el pasado de mi pueblo, no sospeché yo tampoco el origen de ese odio volcándose en la efigie. Sólo atiné a preguntar:

"¿Qué edad tendría entonces, tío Pepe?

Y él contestó:

—"Ocho años."

Y no se habló más, ese día.

o

Por la noche tuve la sensación de haber asistido al rojo alumbramiento de la Restauración, en la que no nací pero bien saben los míos que es el lugar donde desearía terminar mi jornada.

Cuando los Gracos hablaban al pueblo se hacían acompañar por un tocador de flauta, deliciosa y oculta. A ésta yo la siento aún, endulzando las palabras de Visillac, que me rodean todavía. La oigo cantar, sobre sus labios ya sellados.

o

En marzo de 1848 —ocho años iba a cumplir entonces el muchacho memorioso que nació en la Aguada el día de San Pedro— apareció este suelto en "El Comercio del Plata":

—"Con un sentimiento fácil de comprender, pero sin dolor ninguno, tenemos que anunciar a los lectores nuestra propia muerte, e invitarlos a nuestros funerales, que deben tener lugar en la costa del Miguelete, si es que el señor Presidente de aquellas chacras lo permite. El día 7 del corriente fuimos solemnemente fusilados en la calle de la Restauración, habiendo aprobado don Manuel Oribe la sentencia, según hemos tenido noticia cierta. Nuestros lectores tendrán de hoy en adelante, que prestar a cuanto les digamos, más atención, pues nuestro voz vendrá del otro mundo, y la voz del otro mundo es siempre voz de verdad".

Escribió estas líneas el doctor Florencio Varela cuando le restaban trece días de vida.

Mientras Visillac aseguróme haber presenciado en su infancia, en la calle Real de la Restauración, y en medio de alaridos de odio y muerte la ejecución de un judas, tenía él también, voz de verdad.

Pero era una voz que, por desconocimiento del pasado de mi pueblo, no tuvo, cuando la escuché, resonancia alguna, ni pudo tenerla tampoco para don Rafael Cufré que escuchaba junto a mí el relato lejano sin percibir, claro está, el encantamiento de su deliciosa flauta escondida.

Ahora sí, tendrá esa voz otra resonancia en mi espíritu.

SEGUNDO ACTO

Con estas palabras comencé hace once años una serie de quince trabajos sobre el asesinato del doctor Florencio Varela.

Y sin esperar la continuación del estudio recién iniciado, alguien atacó de inmediato "El judas trágico", al que consideró "bien trabado literariamente", pero al que negó en absoluto el menor mérito histórico.

En el diario en que escribe totalizó luego diez artículos de dos columnas para demostrar lo que pretendía.

"Los judas se quemaban o destripaban o fusilaban antes en los sábados santos, después de oído el alborozo de las campanas que a vuelo pregonaban aleluyas".

Eso afirmó mi impugnador hace once años.

Agregó que "en otros días podía la indignación popular personificar en muñecos trágicos o grotescos a sus enemigos y pasearlos y zarandearlos por calles y plazas hasta que resultasen hechos piltrafas, pero aquellos para nadie se confundían con judas, sino que aparecían individualizados directamente".

Reconoció luego que el hecho que impugnaba no ocurrió en sábado santo, lo que es verdad porque tuvo lugar en carnaval.

De ahí que pudo estampar entonces, en el segundo capítulo de su refutación estas palabras definitivas:

—"Aunque el doctor Bonavita después de leernos —si lo hace— insista en sostener lo contrario, *afirmamos categóricamente, con segura conciencia*, que el dato que un día de 1936 le trasmitió oralmente el general Visillac, y en esencia se contiene en su frase: "Frente a esta pared vi fusilar un judas", no tiene nada que ver con el episodio popular con quien lo identifica en su relato".

Sí, doctor Felipe Ferreiro. Tiene mucho que ver con el asesinato del director de "El Comercio del Plata". Pasados once años de haber asegurado *categóricamente, con segura conciencia*, lo que afirmo en 1948 en un diario de la mañana, yo me permito ahora sostenerle a mi vez, que el dato de Visillac se relaciona *directamente* con el crimen de Andrés Cabrera.

No pude hacerlo hasta ahora, porque recién ahora dispongo del invalorable "Diario" de Antuña, que me aclara una a una tantas oscuridades del Sitio de Montevideo.

Del "Diario" de ese hombre, figura consular del Cerrito, entresaco estas palabras:

"Año 1848"

7 de Marzo.

"Los viscaínos voluntarios de Oribe se divierten con dos comparsas de máscaras, una que trenza cintas bailando alrededor de un palo; otra que es de estudiantes y can a la estudiantina. Además figuran aprisionar a Florencio Varela y a Thiebaut con su ayudante: los juzgan, los condenan a muerte y los fusilan. Esto iban a hacer hoy en el Cuartel General, y el Presidente impidió que se llevara la "chance" tan adelante."

Y termina de esta manera esta anotación de Antuña, que como nos llega del otro mundo, debe tener *tal vez*, voz de verdad:

"¿Tendrá la política alguna parte en estos escrúpulos?

◆

Así, pues, el muñeco paseado el 7 de marzo por las calles de la Restauración y del Cerrito estaba perfectamente individualizado. Tenía el nombre en el pecho. De no ser así ¿cómo lo hubiera reconocido al doctor Varela el redactor del "Diario"?

Como el señor Presidente no quiso que lo fusilaran en el Cerrito, se le fusiló en nuestro pueblo de la Restauración contra la pared del "Almacén del Sol", reconocida por el general Visillac cuando se acercaba al siglo con la memoria intacta. No lo consigna Antuña, pero lo afirma Florencio Varela en su periódico en 10 de marzo, trece días antes de que cumplieran en él el mandato de su ejecución.

◆

Y con esto queda terminado por mi parte, el pequeño diferendo sostenido con el escritor compatriota.

M. Ferdinand PONTAC.

(Especial para EL DIA.)



Almacén del Sol, calle de la Restauración, esquina "callecita de la Luna", hoy 8 de Octubre y Gral. Laborde, respectivamente. Contra la pared que enfrenta el buzón. fue fusilado en efigie el Dr. Florencio Varela. (Acuarela de Berta).



Estado actual de los muros construídos por Congibell. Por esta ruinosa pared que data de 1849, pasaron en 1936, como acariciándola, las manos reverentes de José Visillac. (Acuarela de Berta).



La soledad era el distintivo personal de Horacio Quiroga, y la buscó donde el hombre es más fácil que se halle a sí mismo, en la plenitud de la naturaleza.

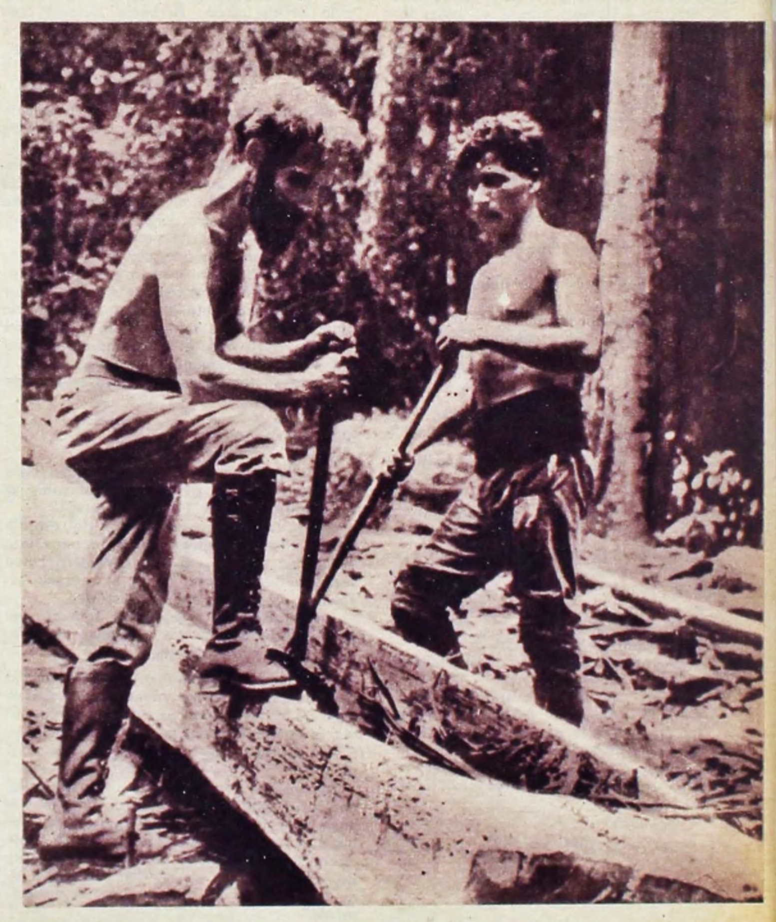


Por eso le entristecía cuando el reproche de la peonada a su trabajo delataba la actividad de trabajo como una actividad mercenaria.

HORACIO QUIROGA

LOS libros también tienen su aventura venturosa o desventurada. De la Argentina nos llega un libro publicado en Montevideo. Se titula, "El Hermano Quiroga", de Ezequiel Martínez Estrada, editado por el Instituto Nacional de Investigaciones y Archivos Literarios, del Uruguay. Aunque la edición lleva fecha 1957, no lo hemos visto en las librerías montevideanas que frecuentamos. ¿Se habrá comentado en nuestra prensa, no en la especializada sino en la popular, la que ocupa la atención del pueblo? Lo ignoramos. ¿O habrá entre editores y libreros una convicción tácita de que al lector uruguayo no le interesan los problemas uruguayos? ¿Es Horacio Quiroga un problema uruguayo? Creemos que sí. Problema su realidad de hombre zarandeado por la tragedia; problema su necesidad de salir del Uruguay para encontrar ambiente de publicidad para su creación literaria; problema su fuga de las ciudades para encontrarse a sí mismo en la selva de Misiones. Y como problema, un gran tema literario, un gran cuento, más aún, una gran novela, más aún, una gran tragedia.

Siempre que nos enfrentamos con la narrativa de Horacio Quiroga se nos aparece la figura personal del autor, el que nosotros nos imaginamos. Cada cual lee como puede. Yo sé que hoy prima el criterio de que el objeto de la literatura es la obra literaria, y nada más. Aquel criterio de Taine de que para comprender la obra literaria antes hay que conocer al autor, ya no está en curso. Hoy se llega a tal grado en la interpretación formalista de la literatura, que se la estudia y se obliga a estudiarla a los alumnos, desvinculándola de sus relaciones de tiempo, lugar, circunstancia, etc. Para sostener esta tesis, cualquier crítico o profesor de literatura nos aplasta con una losa inamovible de erudición, pero nosotros seguimos ateniéndonos al anterior criterio, el que hace posible conocer la obra literaria como centro interpretativo de una serie de complejos psicológicos, sociales, históricos, precisamente los complejos que condicionaban la creación del artista. Afortunadamente, la literatura existencialista, la buena,



Y quiso trabajar a la par de los peones, pero con vocación de hombre que sabe que el trabajo no es un castigo sino una redención.

ha barrido el trivialismo, la artificiosidad, y a cuantos ismos rehuían al hombre y su circunstancia". Y a la par de la literatura existencialista, la literatura rusa, si falsa por su supeditación a las consignas y a la censura, de un gran contenido humano, de trascendental pureza, a veces ñoña, pero asequible al lector común, captando su voluntad. Esto asombrará a muchos anticomunistas bobos, como a muchos filocomunistas del arte nuevo que ignoran que en la URSS no se permiten experimentos en el arte que desvíen a éste de su trascendencia social.

Una valoración de Horacio Quiroga desde el exclusivo punto de vista formalista, nos desviaría de su autenticidad creadora. Decía lo que pensaba, pero su pensamiento venía reelaborado por su experiencia vital, y expresaba su vida más que su pensamiento, y la vida de su mundo de cosas y hombres. Vivía en el fondo de sus días y de su tierra. Para cualquier crítico erudito de hoy, pero analfabeto de vida, Horacio Quiroga es un melodramático. El dolor, la desesperación, la agonía (en el sentido unamunesco), la muerte de sus personajes, son testimonio de su dolor, su desesperación, su agonía y su muerte. Para comprender la suciedad y limpieza de la vida, su grandiosidad o ruindad, no necesitaba, como el personaje de "El Infierno", de Barbusse, contemplar la vida por el ojo de una cerradura, sino mirar con ojos claros el paisaje y auscultar solidariamente el corazón de las criaturas. Es un escritor que va directamente a la emoción de las situaciones y, queriendo o sin querer, se apodera del sentimiento del lector. ¿Es esto un defecto?

No es un defecto pero es el escollo por el que una literatura se hace selecta si lo supera o se queda en vulgar si en él encalla. El mercado del libro está supersaturado de una literatura sentimental para un público ídem —público que va desde las marquesas hasta la sirvienta, incluyendo muchos graves señores—, pero hay una cierta literatura sentimental que ya no agrada a estos lectores: Carlos Dickens, Benito Pérez Galdós, León Tolstoi, por ejemplo. A estos maestros de la literatura universal se llega con el sentimiento a flor de piel, pero el sentimiento es en sus obras una culminación de situaciones psicológicas, sociales, morales, patéticas que trascienden en dramatismo. Para comprender este dramatismo, además del sentimiento, hace falta ejercicio de voluntad y esfuerzo comprensivo, por eso, cuando de ese doble ejercicio aflora el sentimiento a nuestra alma, podemos comprender que la obra rebasa el sentido vulgar de las impresiones para hacerlas selectivas.

Horacio Quiroga pertenece a esa clase de creadores, es de su mismo estilo. ¿Estilista Horacio Quiroga? Leímos una polémica en la que se afirmaba y negaba a Quiroga como estilista. Viejo pleito este de los estilos en literatura. Cuando aparece un escritor que desborda los modos, usos y obras de una promoción literaria que repite siempre los convencionalismos de una clase social, se dice de él que no tiene estilo. El estilo no sólo es el hombre, según la clásica definición, es también la clase a que el hombre pertenece y el mundo en que el hombre vive. En la Inglaterra de la Revolución Industrial, aparece un novelista como Dickens denunciando la explotación inhumana a que son sometidos los hombres, especialmente los niños, y los escritores indiferentes a ese problema dicen que Dickens no tiene estilo; en la Rusia zarista aparece un Dostoyevski denunciando la mentira del hombre y de las instituciones, y los escritores zaristas dicen que Dostoyevski no tiene estilo; en la Francia post-napoleónica (de Napoleón III), cuando se inicia la decadencia burguesa, aparece un Romain Rolland con un nuevo mensaje revolucionario, y los ecritores burgueses dicen que Romain Rolland no tiene estilo; en la España borbónica aparecen Blasco Ibáñez y Pío Baroja, demostrando que algo había en España que no estaba podrido, y los escritores seudo-revolucionarios, hoy sacristanes de Franco, dicen que Blasco Ibáñez y Pío Baroja no tienen estilo; en la región del Plata, de escribas con marbete europeizante, aparece un Horacio Quiroga rompiendo con la vanidad de sapo y se describe a sí mismo describiendo a la vez un mundo desconocido por los escribas y dicen éstos que Horacio Quiroga no tiene estilo. Lo cierto es que no tiene el estilo de ellos sino el suyo propio, incompatible para lo que fuera crear teniendo en cuenta la venta sino creando recreándose en su pathos y en el de los que le rodeaban.

Era de la madera de los Kipling, Conrad, Hudson, Thoreau, London, traductor de su profunda aventura, o desventura, en la aventura o desventura de los demás. Pero en ninguno de ellos como en Quiroga la tierra se hace paisaje y éste nos lleva a estados de alma de composición terrígena. Más aún; en Quiroga los elementos: la tierra, la selva, los ríos, la luz y la sombra se nos aparecen con un trascendente estado de alma ante el cual el de los hombres resulta insignificante. Leyendo a Conrad o a London, el héroe se desprende de la realidad que le rodea para convertirse en eso, en héroe. En Quiroga casi siempre sus personajes sin complemento de un drama superior en el que se integran los elementos. Y no sabemos qué admirar más, si la transubstanciación humana de los elementos o la transubstanciación terrígena de los hombres. Todo con estilo directo, emocional, estimulante, rudo, de elemental fuerza, cualidades que no le valoran los de estilo reblandecido por las conveniencias.

Martínez Estrada hace un símil entre Tolstoi y Quiroga, diciendo:

"Si he de valerme de auxilios metafóricos declararé que no conozco psicología más afín con la de Quiroga que la de Tolstoi ni, en consecuencia, "daimon" más inexorable de su destino. El hecho de que ambos hayan sido escritores es, a mi juicio, sólo uno de los coeficientes integrantes de la personalidad, pues la vocación es una resultante de los complejos anímicos que condicionan la vida. Las desavenencias conyugales del maestro ruso, su sensualidad y castidad, su soberbia de aristócrata y su masoquismo de humillarse a los pies del mujik, su relación incómoda con los hijos, a quienes idolatraba, las oscilaciones bruscas de su carácter, su sibaritismo de anacoreta, sus raptos místicos y salvajes, el asco por una vocación que integra su destino, montar un escándalo doméstico como capítulo de una novela, la náusea de sí mismo como intelectual y la derivación hacia estudios y preocupaciones de otra índole, la educación de los niños, el respeto por todo ser viviente, el amor al trabajo manual (como ejercicio, como disciplina moral y como enervante), la necesidad imprecisa de soledad y aislamiento y de comunión con todos los seres de la naturaleza, el repudio del poder autoritario y de las formas artificiales y convencionales de vida y muchísimos datos fundamentales más, hacen que, sin influencia literaria del mayor sobre el menor, ambas personalidades se asemejen y hasta se identifiquen."

No se llega a esta complejidad de reacciones sino descendiendo a la elemental animalidad sin perder la excelencia de un alma selecta, o elevándose a las más egregias relaciones de espíritu sin renunciar a la base animal de nuestra existencia. No es contra la tierra que se eleva el hombre sino sobre la tierra. Quiroga estaba bien plantado sobre la tierra, la hizo suya con sus pies, con sus manos y con su alma. Por eso sus criaturas son como brotadas de la propia tierra, con raíces de tendencia y pulso universal. Esto es lo que hizo de él un poseído, un endemoniado, un primitivo con voluntad de sabio, un artista de savia estelar.

En cierto sentido, la obra de Martínez Estrada nos ha defraudado. Su amistad con Quiroga, su versación en los temas quiroguianos —en realidad, "Radiografía de la Pampa" y "Muerte y transfiguración de Martín Fierro" son teoría de aquella realidad cósmica en la que Quiroga recreó su vida y su arte— todo esto nos hacía esperar una novela o biografía en la que la teoría de Martínez Estrada se hiciera espíritu de la letra al personaje dedicada. En su libro hallamos atisbos interesantes, pero predomina el tema de lo ya redicho sobre Quiroga: sus rarezas, sus excentricidades según el espíritu burgués de las calificaciones, su sinceridad de alma y letra, su impulso cordial hacia las cosas y los hombres, pero no se acentúa lo que consideramos esencial en aquel gran hombre y artista; su desesperación de vida y muerte, que lo hicieron personaje de una tragedia clásica con perfil contemporáneo. Fue uno de esos raros creadores cuyo anecdotario no desmerece su personalidad sino que nos lo reelevan y nos lo elevan con signo más acusado. Vida y obra cuyos equivalentes hay que buscarlos en Van Gogh, pero más afín aún a Gauguin. ¿Por su huída de la civilización y su comunión con la vida primitiva? Eso es anécdota. Lo de Gauguin y Horacio Quiroga no es huída sino una fuga rítmica hacia la autenticidad del ser, fuga existencial.

Y solo, la soledad, que es fortaleza, según el personaje ibseniano. He incomprendido por los hijos de su sangre y los hijos de su conciencia social. Es aleccionador a este respecto lo que dice en párrafo de una de sus cartas a Martínez Estrada:

"Casi todo mi pensar actual al respecto proviene de un gran desengaño. Yo había entendido siempre que yo era aquí muy simpático a los peones, por mi trabajar a la par de los tales, siendo un *sahib*. No hay tal. Lo averigüé un día que estando yo con la azada o con el pico, me dijo un peón que entraba: "Deje ese trabajo para los peones, patrón". Hace pocos días, desde una cuadrilla que cruzaba a cortar yerba, se me gritó, estando yo en las mismas actividades "¿No necesita personal, patrón?" Ambas cosas con sorna.

"Yo robo, pues, el trabajo a los peones. Yo no tengo derecho a trabajar; ellos son los únicos capacitados. Son profesionales, usufructuadores exclusivos de un dogma. Tan bestias son, que en vez de ver en mi un hermano, se sienten robados. Entienda un poco más esto y tendré el programa total del negocio moral comunista. Negocio con el dogma Stalin, negocio Blum, negocio C. I. Han convertido el trabajo moral en casta aristocrática que quiere apoderarse del gran negocio del Estado. Pero respetar el trabajo, amarlo sobre todo, minga. El único trabajador que lo ama es el aficionado. Y ése roba a los otros. Como bien ve, un solitario y valeroso anarquista no puede escribir para la cuenta de Stalin y Cía."

Era un alma pura y por eso exigía pureza en la creación artística y en el trabajo, que es otro modo de enfrentarse artísticamente con la vida. Por su pureza es que no le hallaron estilo los aburguesados del arte ni los estultos de la faena diaria, más discutibles éstos que aquéllos. La impureza en sus fuentes y derivaciones es la característica de la creación artística de nuestros días, así como del trabajo manual. Por eso Quiroga vivió como un expatriado en su propia patria y un desterrado en la tierra que había elegido como definitiva morada, hasta que se entregó a ella en un gesto de fuga voluntaria, a ritmo acompasado de serenidad y fuerza.

F. FERRANDIZ ALBORZ

(Especial para EL DIA.)

NOTA: Los grabados que integran esta nota son los que ilustran el libro "EL HERMANO HORACIO QUIROGA", de Ezequiel Martínez Estrada.



El "bungalow" levantado a pulso de inteligencia y mano, para hacerlo doblemente grato, como reposo del trabajo físico y actividad del trabajo intelectual.



Era de trato llano con la gente llana. La vida le había enseñado a ver en todos los hombres un destello de vida trascendente.



Como solitario, gran meditador, y contemplador del tiempo en el fluir de los ríos y en el subir de las llamas junto al lar.



El Illimani.

LAS MONTAÑAS NEVADAS DE BOLIVIA

LA cordillera de los Andes, sucesión ininterrumpida de nevadas cumbres, a fuer de constituir la columna vertebral que une a las naciones de la América del Sur, es, al propio tiempo, el emporio inagotable de innumerables minerales en potencia y la creadora de ríos que surcan el continente. Entre los picos más elevados de Colombia, cuya altura sobre el nivel del mar oscila entre 5.000 y 5.700 metros, destacan el Ojeda, La Reina, El Guardián, el Tolima (volcán), el nevado Cocui y el Simons. En la Sierra Nevada de Mérida, en Venezuela, las montañas andinas llegan a alturas que fluctúan entre 4.000 y 4.900 metros, siendo los más notables el Toro, la Concha, la Corona, Bonpland, Humboldt, el pico Bolívar y el León. En la república del Ecuador, los Andes se dividen en dos grandes cadenas y son sus principales nevados el Cotopaxi, conceptuado como el volcán más alto del mundo con 5.943 metros de altitud y el Chimborazo —célebre por haber sido escalado hasta cierta altura por el Libertador Bolívar— con 6.300 metros y que otrora se creyó ser la montaña más elevada de América. La altura sobre el nivel del mar de los nevados Sincholagua, Saratercu, Cayambe, Cotocacha, Illiniza y Quilindaña, no es menor de 5.800 metros.

En el vasto territorio del Perú, llama la atención la Cordillera Blanca, formada por altas cumbres, de las cuales las más imponentes son el Huascarán, el Artesonraju, el Huanday, el Chopicalqui, el nevado de Copa, el Quitaraju, el Pucahirca, el Hualcán, el Chinchey y el Roncapalca, que señalan alturas de 6.000 a 6.800 metros. Los picos Champará, Hualday, Casbán y Chachani, el Salcanty, el Ampato, el Cotitud sobre el nivel del mar. Por el Sur del Perú, en la cordillera de Vilcabamba, se ven también muchos picos nevados, siendo los de mayor importancia y altura el Chachani, el Salcantay, el Ampato, el Coropuna, el Ausengate, todos ellos de más de 6.000 metros sobre el mar.

Detengámonos en la cadena real de Bolivia. Para los viajeros y turistas del Viejo Mundo, del Brasil, Argentina y Uruguay, el espectáculo que se presenta a su vista en llegando a la ciudad de Oruro es arrebatador y grandioso y muy difícil de olvidar. El telón de fondo, un cielo azul ilímite sin una sola nube que empañara su claridad y, de la pampa árida e infinita, parece que surgiera una procesión fantasmagórica de gigantes cubiertos con luengos mantos de armiño. Son los nevados milenarios que atesoran plata, oro y estaño y cuyos deshielos convertidos en arroyos cristalinos confluyen en esos brazos de mar llamados Beni y Madre de Dios que echan sus aguas al caudaloso Amazonas. Entre esos nevados, los de mayor altura y belleza, afloran el Huaina-Potosí, el Mururata, el Illimani, el Illampu, el Sajama y el Ninacollo.

La cordillera real de Bolivia que tiene su nacimiento en el Nudo de Apolobamba, dentro del límite fronterizo del Perú y Bolivia, llega hasta el departamento de La Paz y muestra los picos más hermosos del Ande. El Huaina-Potosí de 6.800 metros de altura, tal como lo describe Jolis Felisart, es una formidable montaña de hielo, famosa por sus múltiples grietas y por su bella silueta, que es visible desde el Alto de La Paz, desde donde puede admirarse, adquiriendo una maravilloso visión desde las pistas de esquí de Chacaltaya (5.380 m.) al Noreste de la ciudad de La Paz. Esta alta montaña consta de dos cumbres que se destacan escasamente sobre una aguda y prolongada cresta de hielo.

El Illimani, es conceptuado como uno de los más bellos y atrayentes picos de la cordillera de los Andes, por su forma simétrica y su proximidad a La Paz, la ciudad más poblada y progresista de Bolivia. La nevada cumbre de este coloso sin par, mide 6.460 metros de altitud y enseña tres protuberancias de forma triangular que llevan los nombres de los presidentes más laboriosos y dinámicos que tuviera el país: Andrés Santa Cruz, José Ballivián e Ismael Montes! En 1877, 1898, 1943 y 1950, se organizaron expediciones de hombres de ciencia procedentes de Alemania, Francia, Rusia y Perú, que lograron ascender a los tres picos y efectuar interesantes estudios sobre la fauna y la flora existentes en cumbres tan elevadas e inhóspitas.

El Illampu o Sorata, según las mediciones efectuadas por los exploradores alemanes Hans Ertl y Gert Schröder en mayo de 1950, tiene una altura de 6.362 metros. Pero en muchos textos de geografía de Bolivia y en libros de viajes y expediciones andinas, se les señala 7.621 metros sobre el nivel del mar. El Illampu, por su gran altura, en muy contados meses del año se muestra en todo su esplendor ante los ojos del viajero y explorador, ya que, las más de las veces, se halla cubierto por densas nubes y, es tanta su proximidad a la ciudad de Sorata, que hasta parece que su altitud es mucho menor que la del Illimani. Los deshielos de este hermoso nevado dan origen a los ríos Mapiri, Tipuani y Challana cuyas arenas arrastran oro y que van a desembocar en el navegable Beni, uno de los afluentes del Amazonas.

A poca distancia del Illimani se yergue el nevado Mururata (1) con 6.180 metros de altura. Según la tradición transmitida generación tras generación, cuando el poderoso Inca Huaina Capac, paseó su mirada desde el límite de la altipampa, momentos antes de descender a la hondonada del arroyo Choqueyapu, le causó gran enojo ver una montaña que rivalizara en al'ura y belleza con el Illimani. Fue entonces que el Inca requirió su onda, colocó en ella una piedra y, de un ondazo certero dividió en dos partes la gigantesca mole. La parte cercenada cayó a muchas leguas de distancia y allí quedó y es el nevado Sajama, de 6.500 metros de altitud, que se yergue solitario en medio de una pampa desierta e inclemente, entre el límite fronterizo de Bolivia y Chile.

En la República Argentina, dentro del territorio de las provincias de Salta y Jujuy, emergen los nevados Cachi y Acay, el primero de 6.200 metros de altura y el segundo de 6.300. Por lo que atañe a Chile, cabe decir que este país lindante con el Polo Sur, muestra en toda su longitud picos elevados, entre los que, por su altitud y majestuosidad, destacan el Aconcagua con 7.035 metros de altura sobre el nivel del mar, el Mercedario con 6.834, el Tupungato con 6.800, siguiéndole el Tronador, el San Valentín, el San Lorenzo, con alturas no menores a 4.000 metros. En los confines del estrecho de Magallanes se levanta el nevado Sarmiento cuya cumbre no ha sido aún hollada por la planta del hombre. Empero, las ascensiones a éste o a aquel nevado andino, se suceden de tarde en tarde, y son atrevidos expedicionarios los que, sin temor alguno se entregan a la conquista de los temibles glaciares, donde con frecuencia encuentran la muerte...

Luis TERAN GOMEZ

La Paz, Bolivia.
(Especial para EL DIA)

(1) Mururata. Descabezado



Bellísima vista del nevado de Illampu, y una parte de la ciudad de Sorata.



Nina Collo.

TARZAN

por EDGAR RICE BURROUGHS®

EL HOMBRE-MONO Y VARIOS NATIVOS HABÍAN FABRICADO UN ENORME APAREJO CON LA ESPERANZA DE MATAR A LA BALLENA ASESINA.

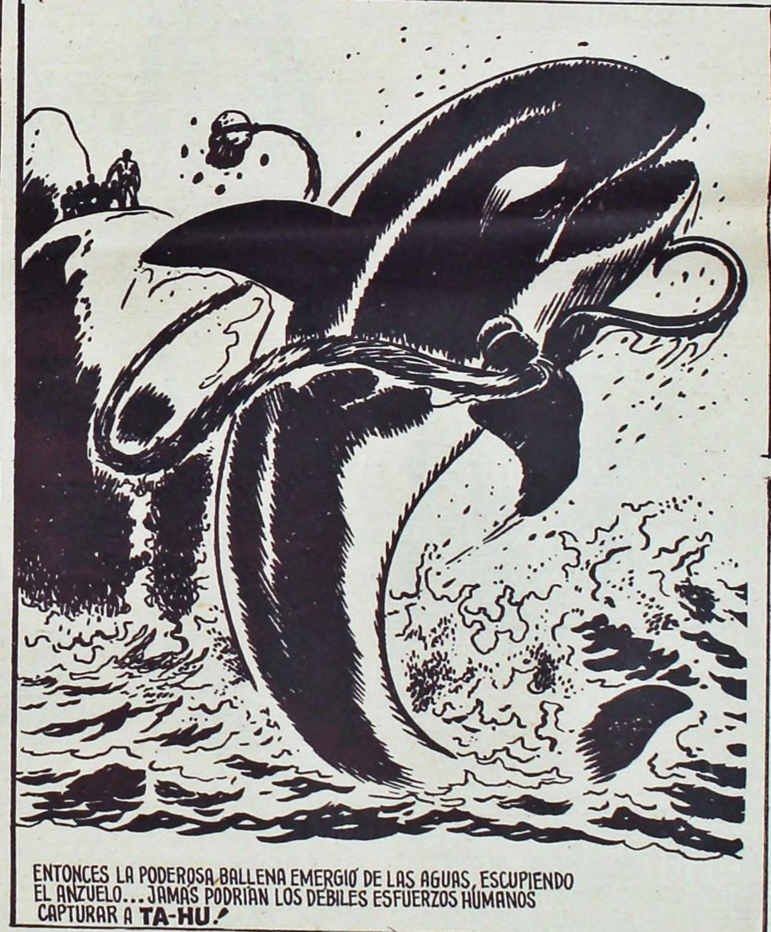













Nuevas líneas para la elegancia de los chicos y las jovencitas...
en la espléndida selección de confecciones que presentan nuestras tres casas.
Casa Soler
SOLER HNOS. S. A.
50 AÑOS 1909-1959
1 - Sobretodo para varón en paño de gran abrigo todo forrado, modelo derecho, manga raglan. Talle 6 $ 77.00
Aumenta $ 1.60 por talle
2-Tapado realizado en paño fantasía, modelo cruzado con adorno de pana, colores de gran moda. Talle 2 $ 57.00
Aumenta $ 2.00 por talle
IMPORTANTE:
Nuestras confecciones no sufren recargos por los arreglos que haya que hacerles.
3 - Moderno chaquetón en paño gamuza, bonito detalle de pespunte en el cuello y bolsillos, tonos de actualidad. Talle 2 $ 40.00
Aumenta $ 2.50 por talle
Pollera en tela de lana tableada modelo con cinturón. Talle 6 $ 24.50
Aumenta $ 1.00 por talle
4 - Para jovencita, bonito tapado confeccionado en paño Velour, todo forrado, corte perfecto. Talles 38 al 42 $ 86.00
5 - En Principe de Gales multicolor, presentamos este juvenil traje de chaqueta para jovencitas, pollera a tablones. Talles 38 al 42 $ 110.00
6 - Pilot modelo derecho en doble tela importada, confección impecable. Talles 36 al 42 $ 150.00
7 - Campera en tela pilot con cierre metálico, forro capitoneado y cuello de piel, gran variedad de colores. Talle 2 $ 45.00
Aumenta $ 1.50 por talle
CASA MATRIZ Av. AGRACIADA 2302 esq. Marcelino Sosa - Tel. 20 09 61
SUCURSAL GOES - Av. GENERAL FLORES 2341 esq. Marcelino Berthelot. Tel. 2 42 00-2 43 00-2 44 00
SUCURSAL CORDON - Av. 18 DE JULIO 1601 esq. Carlos Roxlo - Tel. 40 41 11
PROGRAMACION DE CASA SOLER EN SAETA T.V. — Lunes y Miércoles a las 20 horas, siempre grandes atracciones. — Martes a las 21 y 30 horas la TELEREVISTA con su escenario de variedades.
Capurro & Co.